

## John Elliott. Premio Órdenes Españolas (2018)

Majestad, Autoridades, Caballeros de las Órdenes, Señoras, Señores y amigos.

Señor,

En primer lugar, y antes de todo, quisiera expresar mi gratitud, y la de todos los que están aquí esta mañana, a Vuestra Majestad por presidir este brillante acto en el monasterio de El Escorial. Espero que ésta sea la primera de otras ocasiones similares que Vuestra Majestad honre con su presencia en los años venideros.

En segundo lugar doy mis más calurosas gracias a Don Pedro de Borbón, presidente del Real Consejo de Órdenes, al Real Consejo, y a los miembros del Jurado por elegirme como el primer homenajado con este nuevo e innovador premio, el Premio Órdenes Españolas. Se trata de un premio único en el mundo, el primero a nivel internacional dedicado exclusivamente a la historia. Queda reservado para historiadores de reconocida distinción cuyas obras durante el curso de sus trayectorias profesionales han avanzado nuestro conocimiento y comprensión de cualquier tema histórico, con una sola calificación: que por lo menos una parte de su labor investigadora y de divulgación esté relacionada con el mundo hispánico.

Puesto que soy el beneficiario de esta inspirada iniciativa, Vds. no se sorprenderán que la aplauda con entusiasmo. Sin embargo, hablando con la imparcialidad que es de esperar de los historiadores, me permito decir que la creación de este galardón es un acontecimiento destacado en el mundo académico, con la potencialidad de tener importantes repercusiones en otros ámbitos. El Consejo de Órdenes ha demostrado con este premio que

las Órdenes militares, esas grandes instituciones de la Edad Media, todavía tienen su razón de ser y que son capaces de adaptarse con imaginación a los retos del mundo actual, tan distinto del de la época de la Reconquista. Reitero, pues, mi agradecimiento al Consejo por su iniciativa, y a las empresas y los individuos que la han apoyado y subvencionado para que siga siendo un aliento y una recompensa para futuras generaciones.

Espero igualmente que las magníficas salas capitulares de esta basílica, adornadas con espléndidos cuadros pintados por algunos de los más grandes artistas de la Monarquía española, constituyan el marco permanente para esta ceremonia. No puede haber un escenario más apropiado para la entrega de un premio tan íntimamente relacionado con la historia de España. Aquí, en este maravilloso monasterio-palacio, la empresa de un rey que sobresale entre los que construyeron el estado y la nación, la historia se impone. Digo esto como historiador de otro palacio, el palacio del Buen Retiro, obra de su nieto, Felipe IV. Pero el Buen Retiro, que tenía sus encantos, que espero que pronto se verán evocados de nuevo en la restauración por el Museo del Prado del Salón de Reinos a su antigua gloria, fue un lugar de recreo en el cual el rey podía descansar y divertirse, mientras que El Escorial es un monumento a la dedicación de su creador a las tareas de gobierno. Constituye al mismo tiempo un incomparable testimonio del poder y dominio de España y de la civilización española en su máxima época de hegemonía europea y extensión global. El rey y su palacio son inseparables.

El país y la Monarquía que gobernaba Felipe II, muchas veces desde su despacho en este edificio, fueron construidos siglo tras siglo por los esfuerzos de personas e instituciones fuertemente influidos por su concepto de Dios y de España. Entre esas instituciones ocupan un lugar preeminente las Órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, fundadas en

los reinos de Castilla y León en el siglo XII, y la Orden de Montesa, reservada a los caballeros de la Corona de Aragón. La reconquista de la península al dominio musulmán fue en gran parte la obra de estas órdenes de caballería, que persistieron durante siglos en la lucha contra los árabes, y ocuparon y colonizaron las regiones reconquistadas. Sus esfuerzos les proporcionaron riquezas enormes en forma de botín y de la posesión y señorío de vastas extensiones de tierra en las partes liberadas. Esas riquezas les dieron un inmenso poder social y político en la España de la baja Edad Media. Sin embargo fueron al mismo tiempo mucho más que meros instrumentos para el enriquecimiento de una élite guerrera. Desde su origen las Órdenes, dedicadas a la cruzada contra el peligro islámico, tuvieron una clara dimensión religiosa, que se manifestó también en la fundación de iglesias y conventos, y en obras de beneficencia. La ceremonia de esta mañana es una prueba más del deseo del Consejo de Órdenes de perpetuar y reanimar esta noble tradición benéfica.

El fin de la Reconquista con la rendición de Granada en 1492 no supuso ni mucho menos, el cese de la vocación de las Órdenes. Sus caballeros participaron en muchas empresas militares del siglo XVI y se encontraban también en la conquista de las Indias. Sin embargo, las Órdenes experimentaron cambios importantes. Los Reyes Católicos no estaban dispuestos a dejar tanta riqueza en manos privadas, y, al asumir Fernando, con su habitual astucia, el maestrazgo de una tras otra de las tres Órdenes castellanas, éstas fueron puestas bajo el control real. Felipe II completó el proceso cuando tomó para sí el maestrazgo de la Orden de Montesa.

El impacto de la incorporación de las Órdenes a la corona real sobre la historia política y social de España fue inmenso. En primer lugar proporcionó a la corona unas fuentes de riqueza y patronazgo sin par. Entre las mercedes con las cuales los reyes pudieron

ahora premiar los servicios de sus súbditos, los hábitos de las Órdenes, e incluso más las encomiendas que traían consigo valiosos ingresos, fueron entre las más codiciadas. Así la corona, al decidir si conceder o no, obtuvo una enorme influencia sobre las capas superiores de la sociedad española.

Sin embargo, la incorporación real de los maestrazgos tuvo otro impacto igualmente importante, si bien fue un impacto que hasta años relativamente recientes no ha sido suficientemente tenido en cuenta. La percepción tradicional de la España de los Austrias y de los primeros Borbones ha sido la de una sociedad fosilizada e incapaz de adaptarse a la transición a la modernidad, en contraste con sus vecinos y rivales europeos. Esta percepción formó parte integral de la famosa Leyenda Negra, una invención no sólo de extranjeros envidiosos u hostiles, sino también de los españoles mismos, grandes expertos desde luego en el arte de la auto-denigración.

Ahora bien, gracias a las investigaciones de numerosos historiadores desde la segunda mitad del siglo pasado en adelante, esta percepción ha sido gradualmente matizada y modificada. Sin duda, en la España moderna, como en cualquier otra sociedad, las fuerzas sociales más profundamente arraigadas se mostraron extremadamente tenaces en conservar su poder, pero ahora sabemos que la España de Felipe II estuvo muy lejos de ser una sociedad anquilosada. Por el contrario hay numerosas pruebas de su movilidad social, una movilidad que se explica en parte por la adquisición por España de un imperio global y la urgente necesidad de abastecer una burocracia en rápida expansión con ministros y oficiales formados en las universidades. Esta necesidad brindaba nuevas oportunidades a ambiciosos aspirantes pertenecientes a los estamentos inferiores.

Sin embargo, existían otros instrumentos, además de la burocracia y las universidades, que proporcionaban oportunidades para el ascenso social, y entre estos instrumentos las Órdenes militares ocupaban un lugar destacado. Por ejemplo, el segundón de una familia de la pequeña nobleza que tuviera la suerte de conseguir, por sus propios méritos o por la influencia de sus parientes, una encomienda o un hábito de una de las órdenes, subía un importante escalón en la jerarquía social. Es lo que pasó con el Conde-Duque de Olivares, a cuya trayectoria política y personal he dedicado muchos años de mi vida. Hijo segundo de una rama menor de la casa ducal de Medina Sidonia, Don Gaspar de Guzmán, siendo todavía estudiante en la Universidad de Salamanca, recibió una encomienda de la orden de Calatrava. En 1624, el ahora valido de Felipe IV fue nombrado Comendador Mayor de la Orden de Alcántara. Esta mañana es para mí un placer y un honor poder saludar al actual Comendador de Alcántara, Don Pedro de Borbón, Presidente del Real Consejo de Órdenes.

Sin embargo, tales mercedes no estaban reservadas a las familias nobles, y un creciente número de personas de ascendencia ‘villana’ e incluso judía, lograron una entrada en las órdenes gracias al poder de lo que Quevedo denominaba ‘Don Dinero’. A pesar de ser las Órdenes restringidas, al menos en teoría, a los que podían probar su limpieza de sangre por los cuatro costados, en la práctica un creciente número de conversos de ascendencia judía lograría al cabo gozar del prestigio conferido por un hábito de Santiago o de otra de las órdenes. La falsificación de genealogías fue toda una industria en la España de los Austrias.

Tales revelaciones de la España del siglo XVI como una sociedad más flexible y más abierta a los grupos sociales marginados de lo que tradicionalmente se creía, son un buen ejemplo del valor de la investigación histórica. Poco a poco se ha conseguido matizar y

desmitificar percepciones historiográficas muchas veces mal fundadas. Si se me permite un momento hablar de mi propia labor histórica que el jurado ha tan generosamente premiado, mi meta siempre ha consistido en matizar y desmitificar aspectos importantes de la historia de la España moderna que, en mi opinión, no han sido adecuadamente estudiados ni entendidos. Si he conseguido parte de esta ambición en el curso de una larga trayectoria profesional, debo mucho de mi éxito a dos de los más grandes historiadores españoles del siglo XX. Trabajando al lado de Don Antonio Domínguez Ortiz en el Archivo de Simancas, ví cómo la concienzuda investigación archivística conduce a cuestionar interpretaciones profundamente arraigadas en la historiografía prevalente y en el proceso abrir nuevas perspectivas sobre el pasado. Igualmente, al pasar más de un año en Barcelona en la década de 1950 en la compañía de Jaume Vicens Vives, he observado de cerca a un historiador cuya preocupación constante fue desmitificar la historia de España y de su nativa Cataluña. Estoy en deuda con los dos.

Siguiendo sus pasos, he intentado investigar y repensar la historia de la España moderna, y especialmente la de la España del siglo XVII, tradicionalmente descartado como el siglo de la decadencia. Al investigar la política, la sociedad y la cultura cortesana españolas de esa época, me dí cuenta que, bajo muchos aspectos, su carácter no fue tan diferente del de otras sociedades europeas contemporáneas como se creía.

Uno de los grandes defectos de la historiografía española ha sido su obsesión excepcionalista. Cada sociedad tiene sus características excepcionales, pero en mi opinión el excepcionalismo español ha sido excesivamente exagerado. Nunca tanto como durante la época franquista, cuando se presentaba la diferencia de España como una virtud y no como un defecto del carácter nacional, esa noción tan promovida por los historiadores e

intelectuales de las generaciones anteriores, sumamente preocupados por el supuesto ‘problema de España’.

Llegué a la conclusión que la mejor manera de enfrentarse al excepcionalismo promocionado por la historiografía oficial en el momento de empezar mi investigación archivística, era conectar y comparar. Por esta razón, desde el año 1963, cuando publiqué *La España Imperial*, he intentado situar a España dentro de su contexto europeo. Al escribir ese libro me dí cuenta de que hay semejanzas como también diferencias, entre la experiencia histórica española y la de otras sociedades occidentales de la época. El gran reto para el historiador comparativista es identificar tanto las semblanzas como las diferencias, y después intentar explicarlas. El efecto de este proceso es indicar que no todo es negro o blanco, sino que también existen los tonos del gris. Es lo que intenté demostrar en mi historia comparada a gran escala, *Imperios del mundo atlántico*. No hay mejor manera de combatir la Leyenda Negra, que todavía ejerce en tantas partes del mundo su hipnótico dominio sobre la mentalidad popular. Espero haber pintado para mis lectores un cuadro más matizado tanto de los fallos como de los aciertos de España en el curso de su historia, y especialmente haber explicado porqué los acontecimientos sucedieron de una forma y no de otra.

Sin embargo, el Premio Órdenes Españolas no es sólo un galardón personal, un galardón, por cierto, que me llena de gratitud y satisfacción. Cada historiador, como cualquier otra persona, aprecia el reconocimiento por parte del prójimo de la manera en que ha intentado vivir su vida y de su contribución al entendimiento mutuo. Pero este nuevo premio tiene un alcance mucho más amplio que el puramente personal. Es un premio diseñado para reconocer la importancia de la historia como una disciplina necesaria en una época en la cual se la ve gravemente subvalorada.

Vivimos en un mundo fundamentalmente a-histórico, dominado por *fake news* y por reacciones instantáneas que deben más a la emoción que a la razón. Prevalece en todas partes el populismo tanto de la derecha como de la izquierda, y las ideologías que se aproximan más a la fantasía que a la realidad. Lo que falta, y lo que puede aportar la historia, es una amplia perspectiva sobre acontecimientos que aparecen tan inmediatos y tan acuciantes que se olvida que muchas veces tienen sus precedentes en épocas anteriores. Nuestros dos países, España y Gran Bretaña, están enfrentados en este momento con graves problemas relacionados con sus estructuras constitucionales y con su lugar en un mundo en vía de rápida transformación. Más que nunca hoy en día hace falta una visión que abarque tanto el pasado como el futuro.

Esta visión es la que proporciona la historia bien hecha, y no deformada por mitos perniciosos ni manipulada por ideólogos y oportunistas. Es una historia que intenta identificar los caminos tomados o no tomados por nuestros antepasados, quienes muchas veces se enfrentaron con retos no menos graves que los nuestros, y explicar el porqué de las decisiones que tomaron. El pasado contiene todavía algo que puede instruir al presente.

Tenemos, pues, buenas razones para celebrar la iniciativa del Consejo de Órdenes en crear este magnífico premio, que tanto promete. Las Órdenes, como he intentado demostrar, han evolucionado en el curso de los siglos en respuesta a las demandas del momento, desde las exigencias de la cruzada para liberar el territorio ibérico de la ocupación árabe hasta las exigencias de un estado y una sociedad en plena expansión. Ahora siguen evolucionando y poniéndose al servicio de la humanidad en formas que demuestran su nueva actualidad. Les doy las gracias en nombre de la profesión de historiadores y de todos los que creen que la Historia tiene algo importante que ofrecer al mejor entendimiento de la condición humana.



